

**CHUCK PALAHNIUK**

**Al desnudo**



Katherine Kenton es una estrella de Hollywood en plena decadencia, que se ha convertido por su carácter inestable en una caricatura de lo que fue. Adorada por miles de fans enamorados de su imagen vive apartada de Hollywood, aquejada por continuas crisis psicológicas y dependiente del alcohol y de su ansiedad por ser admirada.

La narradora de *Al desnudo*, que es su criada Hазie, es una hábil manipuladora que controla por completo la vida de Katherine. Webster Carlton Westward III, conocido mujeriego, intenta seducir a la actriz, cosa que desagrada a la sirvienta, la cual pondrá todo su empeño para que esta incipiente relación no llegue a buen término.

*Para E. A. H*

Chico encuentra a chica.  
Chico consigue a chica.  
¿Chico *mata* a chica?

## ACTO 1, ESCENA 1

La escena 1 del acto 1 arranca con **Lillian Hellman** abriéndose paso con uñas y dientes, dando traspies y trepando por el sotobosque espinoso y nocturno de un *schwarzwald* alemán, con un niño judío aferrando a cada teta y una camada entera de niños subida a su espalda. Lilly avanza a trancas y barrancas, peleando con las zarzas que se le enganchan en los bordados dorados de su pijama de estar por casa de **Balenciaga**, y aferrada a su terciopelo negro va una horda de querubines condenados a los que ella hace correr para salvarlos de los hornos de un campo de exterminio nazi. Y todavía lleva a varios niñitos inocentes más atados a cada uno de sus musculosos muslos. Indefensos bebés judíos, gitanos y homosexuales. Las balas nazis de la Gestapo pasan zumbando a su alrededor en la oscuridad, haciendo jirones el follaje del bosque, levantando una nube de olor a pólvora y a agujas de pinos. Su **Chanel n.º 5** emite un aroma embriagador. Las balas y las granadas de mano pasan silbando junto al moño estilo **Hattie Carnegie** perfectamente peinado de la señorita Hellman, tan cerca de ella que la munición le revienta los pendientes **Cartier** de cuentas de cristal, provocando explosiones multicolores de diamantes sin precio. La metralla de rubí y esmeralda se le clava en la piel inmaculada de las mejillas pálidas y perfectas... Esta secuencia de acción funde a:

Vemos: el interior de una majestuosa mansión en **Sutton Place**. Es como un sitio tipo **Billie Burke** decorado por **Billy Haines**, donde un grupo de invitados con ropa formal se encuentran sentados alrededor de una mesa alargada, en

un comedor iluminado con velas y con las paredes revestidas de paneles de madera. Los lacayos con librea están de pie junto a las paredes. La señorita Hellman está sentada cerca de la cabecera de la mesa de esta cena formal tan concurrida, narrando la frenética escena de la fuga que acabamos de presenciar. En una lenta panorámica, los tarjetones grabados que identifican a cada uno de los invitados van componiendo un verdadero **Quién es quién**. Sentada a esta mesa se encuentra fácilmente la mitad de la historia del siglo XX: el **príncipe Nicolás de Rumanía, Pablo Picasso, Cordell Hull y Josef von Sternberg**. Los invitados famosos parecen ir desde **Samuel Beckett** pasando por **Gene Autry y Marjorie Main**, hasta perderse en el horizonte lejano.

Lillian deja de hablar el tiempo justo para dar una larga calada a su cigarrillo. Luego expulsa el humo en dirección a **Pola Negri y Adolph Zukor** y dice:

—Fue en ese momento de frenesí cuando me vinieron ganas de haberle dicho a **Franklin Delano Roosevelt**: «No, gracias». —Lilly echa la ceniza del cigarrillo en el plato del pan, niega con la cabeza y dice—: Nada de misiones secretas para esta chica.

Mientras los lacayos sirven vino y retiran los platillos del sorbete, Lillian agita las manos en el aire, dejando un rastro de humo de cigarrillo, aferrándose con las uñas a enredaderas invisibles, trepando por muros de roca vertical y dejando con los tacones altos un rastro de barro hacia la libertad; las fuerzas no se le acaban a pesar de estar cargando con todos esos pequeños diablillos judíos y homosexuales.

Desde la cabecera hasta el pie de la mesa, no hay cara que no esté contemplando fijamente a Lilly. No hay manos que no estén cruzando dos dedos por debajo de las servilletas de damasco que todo el mundo tiene sobre el regazo, y no hay invitado que no esté rezando en silencio una oración para que la señorita Hellman se trague el **pollo a la príncipe Anatole Demidoff** sin masticar, se atragante y aca-

be retorciéndose y asfixiándose sobre la alfombra del comedor.

Pero no todas las caras la están mirando. Las excepciones son un par de ojos de color violeta... un par de ojos castaños... y por supuesto, mis fatigados ojos.

La posibilidad de morir antes que **Lillian Hellman** se ha convertido en el miedo tangible de toda esta generación. De morir y convertirse en simple carnaza para los cuentos de Lilly. Toda la vida y la reputación de una persona reducidas a un simple **golem**, a un monstruo de **Frankenstein** que la señorita Hellman puede reanimar y manipular para hacerle lo que a ella se le antoje.

Al cabo de unas cuantas frases, el parloteo de Lillian se convierte en una de esas bandas sonoras de ruidos selváticos que se oyen de fondo en todas las películas de **Tarzán**, un simple bucle de aves tropicales y **Johnny Weissmuller** y monos aulladores. *Ladrado, ladrado, graznido...* **Emerald Cunard**. *Ladrado, gruñido, graznido...* **Cecil Beaton**.

Es posible que la charla idiota de Lilly constituya una variante estafalaria del **síndrome de Tourette** asociada al *namedropping*. O tal vez lo que resultaría si a un agente de prensa huérfano lo criaran los lobos y le enseñaran a leer en voz alta con la columna de **Walter Winchell**.

Ese cotorreo compulsivo suyo, una verdadera patología. *Cloqueo, gruñido, ladrado...* **Jean Negulesco**.

Así es como Lilly hila el oro de veinticuatro quilates que son las vidas reales de las personas con sus simples hebras de hojalata.

Por favor, proméтанme que NO me han oído decir esto.

Sentada lo bastante cerca de ella como para ser alcanzada por sus heroicos codos voladores, mi señorita Kathie se dedica a mirar desde el interior de su nube de humo de cigarrillo. Una actriz de la estatura de **Katherine Kenton**. Sus ojos de color violeta, adiestrados durante toda su vida adulta para no establecer contacto visual con nada que no sea la lente de una cámara de cine. Para no mirar nunca a

los ojos de la gente desconocida, y en cambio concentrarse siempre en los lóbulos de las orejas o los labios de los demás. Pese a su adiestramiento, ahora mi señorita Kathie está mirando hacia la otra punta de la mesa, pestañeando sin parar. Los esbeltos dedos de una de sus famosas manos blancas juegan con los mechones de color caoba de su peluca. Los dedos enojados de la otra mano de la señorita Kathie toquetean las seis vueltas del collar de perlas que rodea los pliegues flácidos de la piel colgante de su cuello.

Un momento más tarde, mientras los lacayos pasan los aguamaniles, Lillian se retuerce en su silla, se echa al hombro un rifle de francotirador invisible y se pone a descargar balas hasta vaciar el cargador. Todavía cubierta de bebés hebreos y comunistas. Arrastrando su cargamento de huérfanos semíticos. Cuando el rifle se pone demasiado al rojo vivo para sostenerlo, la señorita Hellman suelta un salvaje alarido de guerra y lanza el arma humeante contra las tropas de asalto que la persiguen.

*Gruñido, ladrado, graznido...* **Peter Lorre.** *Rezongo, ladrado, chillido...* **Averill Harriman.**

Si hay un destino peor que la muerte es pasarse la eternidad con el arnés puesto, haciendo de zombi para Lilly Hellman, devuelta a la vida solo en cenas de sociedad. En tertulias radiofónicas. Llegado este punto, la señorita Hellman está lanzando hacia las alturas a otra remesa de bebés invisibles, de bebés gitanos rescatados, en dirección a la lámpara de cuentas de cristal, como si los estuviera catapultando por encima de la cúspide nevada del monte **Cervino** para ponerlos a salvo en **Suiza**.

*Gruñido, aullido, chillido...* **Sarah Bernhardt.**

Ahora **Lillian Hellman** rodea con los puños la garganta invisible de **Adolf Hitler**, rememorando cómo se infiltró en su búnker subterráneo de Berlín, disfrazada de **Leni Riefenstahl** y llevando en brazos un montón de cartones de cigarrillos **Lucky Strike** y **Parliament** comprados en el merca-



do negro, y cómo estranguló al dictador mientras dormía en su cama.

*Rebuzno, ladrido, relincho...* **Basil Rathbone.**

Lilly arroja al aterrado Hitler imaginario al centro de la mesa de la cena de esta noche, dándole dentelladas, arañándole los ojos nazis con sus uñas de manicura. Con los puños cerrados en torno a la tráquea invisible, Lillian empieza a golpear el cráneo invisible del Führer contra el mantel, haciendo que la vajilla y las copas del vino tiemblen y traqueteen.

*Graznido, maullido, gorjeo...* **Wallis Simpson.**

*Aullido, rebuzno, chillido...* **Diana Vreeland.**

Un momento antes del asesinato de Hitler, **George Cukor** levanta la vista, con las yemas de los dedos todavía goteando agua muy fría sobre su aguamanil, con ese olor a limones recién rebanados, y dice:

—Por favor, Lillian —dice el pobre George—. Déjate de memeces.

Sentado entre la plebe, por debajo de los diversos miembros profesionales del séquito, de los hombres de a pie, de los camellos, de los hipnotizadores, de los rusos blancos exiliados y del pobre **Lorenz Hart**, en el mismísimo horizonte de la mesa de la cena de esta noche, un joven está devolviendo la mirada. Sentado en el mismo confín de los puestos de los comensales. Con unos ojos del mismo color castaño luminoso que la luz del sol del Cuatro de Julio vista a través de una jarra de refresco de zarzaparrilla. Un espécimen americano de pura cepa. Con una cara clásica de proporciones simétricas, esa clase de cara perfectamente equilibrada que todo el mundo sueña con encontrarse sonriente y ansiosa cuando baja la vista y se mira entre los muslos.

Pese a todo, ese es el problema que tiene echarle un solo vistazo a cualquier estrella que haya en el horizonte. Como diría **Elsa Maxwell**: «Nunca se sabe a ciencia cierta si

ese objeto reluciente y deslumbrante que ves está ascendiendo o poniéndose».

Lillian inhala el silencio a través de su cigarrillo encendido. Echa la ceniza gris sobre su plato del pan. Y en medio de un estallido de humo, dice:

—¿No os habéis enterado? —dice—. Os lo juro, **Eleanor Roosevelt** me ha comido el coño hasta el último pelo...

Y durante todo esto —el humo del cigarrillo y las mentiras y la **Segunda Guerra Mundial**— los ojos de color castaño luminoso del espécimen se dedican a mirar hacia la otra punta de la mesa, hacia la cima de la escala social, contemplando a lo lejos, mirando fijamente el pestañeo de los famosos ojos de color violeta de mi jefa.

## ACTO 1, ESCENA 2

Si me permiten que atraviese la cuarta pared, me llamo **Hazie Coogan**.

No tengo vocación de dama de compañía a sueldo, ni tampoco de ama de llaves profesional. Ahora que soy vieja mi rol es fregar las mismas ollas y cazos que ya fregué en mi juventud —he hecho las paces con ese hecho—, y aunque ella no los ha tocado ni una sola vez en la vida, esas ollas y cazos siempre han pertenecido a la majestuosa y gloriosa actriz de cine, la señorita **Katherine Kenton**.

Todos los días me compete a mí prepararle un huevo duro poco hecho. Encerarle el suelo de linóleo de la cocina. La tarea interminable de sacar el polvo y bruñir la cantidad nada desdeñable de objetos decorativos y baratijas con baño de oro que le han sido concedidos a modo de premios a la señorita Katie, ese trabajo también me toca a mí. Pero ¿acaso soy la sirvienta de la señorita **Katherine Kenton**? No más de lo que el carnicero hace de sirviente del corderito.

Mi propósito es imponer orden en el caos de la señorita Kathie... infundirle disciplina a su legendario carácter caprichoso de artista. Soy la persona a la que **Lolly Parsons** se refirió una vez como un «espinazo de alquiler».

Aunque puede que sea yo quien pasa el aspirador por la casa de la señorita Kathie y hace los pedidos a la tienda de comestibles, mi verdadero cargo profesional no es tanto mayordomo como cerebro en la sombra. Puede dar la impresión de que la señorita Kathie es mi jefa, en el sentido de que parece darme dinero a cambio de mi tiempo y mi

trabajo, y en que ella se relaja y florece mientras yo me esfuerzo; pero usando esa misma lógica, se podría argumentar que el granjero es el empleado de la gallina joven y del colinabo.

La elegante **Katherine Kenton** es mi dueña en la misma medida en que el piano es el dueño de **Ignace Jan Paderewski**... parafraseando a **Joseph L. Mankiewicz**, que me parafraseaba a mí, que soy quien dijo e hizo la mayoría de esas cosas inteligentes y deslumbrantes que más tarde contribuyeron a hacer famosa a otra gente. Es por eso por lo que puedo decir que ya me conocen ustedes. Si han visto ustedes a **Linda Darnell** en el papel de camarera de bar de carretera para camiones, colocándose un lápiz detrás de la oreja en *¿Ángel o diablo?*, ya me han visto a mí. La Darnell me robó a mí ese detalle. Igual que **Barbara Lawrence** cuando soltó esa risa suya parecida a un rebuzno en *Oklahoma*. Ha habido tantas grandes actrices que me han mangado mis gestos más efectivos, y también la precisión de mi habla, que ya han visto ustedes partes de mí en las interpretaciones de **Alice Faye** y de **Margaret Dumont** y **Rise Stevens**. Reconocerían ustedes fragmentos de mí —una ceja enarcada, una mano nerviosa que juguetea con el cable de un auricular de teléfono— en incontables películas de antaño.

No se me escapa la ironía del hecho de que, mientras que **Eleanor Powell** se atribuye mi rasgo distintivo en materia de moda, que es llevar numerosos lacitos de pequeño tamaño, ahora yo hago gala de las rodillas rojas de una mujer de la limpieza y de las manos hinchadas de una fregona. Un bromista tan ilustre como **Darryl Zanuck** me dijo una vez en tono despectivo que yo parecía **Clifton Webb** con falda a cuadros escoceses. **Mervyn LeRoy** difundió el rumor de que yo era la hija ilegítima secreta de **Wally Beery** y su frecuente partenaire en las películas, **Marie Dressler**.

En la actualidad, las obligaciones habituales de mi cargo incluyen descongelar la nevera eléctrica de la señorita

Kathie y plancharle las sábanas, y sin embargo mi cargo no es el de lavandera. No trabajo en el ramo de la cocina. Tampoco tengo vocación de sirvienta doméstica. Mi vida está mucho menos dirigida por **Katherine Kenton** de lo que la vida de ella lo está por mí. Es posible que las demandas y necesidades diarias de **Katherine Kenton** determinen mis actos, pero solo en la misma medida en que los límites de un coche de carreras dictan los de su piloto.

Soy mucho más que una mujer que trabaja en una fábrica que produce a la siempre deslumbrante **Katherine Kenton**. Soy la fábrica misma. Las palabras que escribo aquí no me convierten en un simple cámara o director de fotografía; soy la lente misma: favoreciendo, acentuando, distorsionando... registrando cómo va a recordar el mundo a mi coqueta señorita Kathie.

Y, sin embargo, mi especialidad no son los hechizos. Son los hechos.

La señorita Kathie apenas tiene que hacer ningún esfuerzo para ser ella misma. El grueso de ese trabajo manual lo realizo yo, en tándem con un ejército de fabricantes de pelucas, cirujanos plásticos y dietistas. Desde que ella firmó su primer contrato con los estudios, yo me he ganado la vida peinando y acicalando su pelo a menudo rubio, a veces moreno y ocasionalmente rojo. He adiestrado su dulce tono de voz para que todo lo que ella diga sugiera una línea de diálogo que le hubiera escrito **Thornton Wilder**. No hay nada innato en la señorita Kathie, salvo el color violeta casi sobrenatural de sus ojos. A ella le corresponde el trono, situado en el mismo panteón de hielo que los de **Greta Garbo** y **Grace Kelly** y **Lana Turner**, pero soy yo quien levanta el peso considerable que la mantiene allí en lo alto.

Y aunque la meta de toda sirvienta doméstica bien entrenada sea parecer invisible, esa es también la meta de todo marionetista hábil. Bajo mi control, la casa de la señorita Kathie parece dirigirse a sí misma sin problemas, y da la impresión de que es ella quien gobierna su propia vida.

No es que yo tenga el cargo de enfermera, ni de sirvienta, ni de secretaria. Tampoco ejerzo de terapeuta profesional ni de chófer ni de guardaespaldas. Pero aunque mi cargo profesional no sea ninguno de los anteriores, yo desempeño todas esas funciones. Todas las noches corro las cortinas. Saco a pasear al perro. Cierro las puertas con llave. Desconecto el teléfono, me aseguro de que el mundo de fuera se quede donde le corresponde. Sin embargo, mi trabajo cada vez en mayor medida consiste en proteger a la señorita Kathie de sí misma.

Corte a un interior, de noche: vemos la lujosa alcoba de **Katherine Kenton**, inmediatamente después de la cena de sociedad de esta noche, mientras mi señorita Kathie permanece detrás de la puerta cerrada con llave de su cuarto de baño anexo. Fuera de plano oímos el susurro de la ducha y los chapoteos de un baño en pleno curso.

Pese a las especulaciones populares, la señorita **Katherine Kenton** y yo no disfrutamos de lo que **Walter Winchell** llamaría una «amistad de meterse los dedos». Ni tampoco nos permitimos esa conducta que haría que la revista *Confidential* nos calificara de «muchachas tenorias», o que **Hedda Hopper** describe como «chuparse el morro rosado». Los deberes de mi cargo profesional incluyen echar un **Nembutal** y un **Luminal** en el cuenco de esmalte chino que la señorita Kathie tiene encima de la mesilla de noche. A continuación llenar un vaso de diseño anticuado con cubitos de hielo hasta arriba y echarle un trago corto de whisky gota a gota por encima del hielo. Rematar la copa con otro trago corto. Y por fin rellenar el vaso con soda.

Sobre la mesilla de noche no hay nada más que una pila de guiones. Una pila tambaleante de guiones mandados por **Ruth Gordon** y por **Garson Kanin**, pidiéndole a mi señorita Kathie que regrese a las tablas. Suplicándose, de hecho. Entre ellos hay musicales hipotéticos de Broadway con los actores disfrazados de dinosaurios o de **Emma Goldman**. Una versión en forma de largometraje de animación

de *Macbeth* de **William Shakespeare**, interpretada por cachorros de animales. Para que ella haga de voz en off. El eslogan: una mezcla de **Bertolt Brecht** con **Lerner and Loewe** y una pizca de **Eugene O'Neill**. Las páginas amarillean y se doblan, manchadas de whisky escocés y de humo de cigarrillos. El papel marcado por los aros marrones que van dejando las tazas del café solo de la señorita Kathie.

Repetimos este mismo ritual todas las noches, después de cualquier cena de sociedad o inauguración a la que mi señorita Kathie haya asistido. Cuando volvemos a su casa, le suelto el broche que tiene en la parte de arriba del vestido y le bajo la cremallera. Le enciendo el televisor. Le cambio el canal. Le vuelvo a cambiar el canal del televisor. Vacío el contenido de su bolso de noche sobre la colcha de satén de la cama: el pintalabios **Helena Rubinstein** de la señorita Kathie, las llaves y las tarjetas del banco, y se lo vuelvo a meter todo en el bolso de día. Le pongo las hormas dentro de los zapatos. Le sujeto con alfileres la peluca de color caoba a la cabeza de **espuma de poliuretano**. A continuación enciendo las velas con aroma a vainilla que tiene alineadas en la repisa de la chimenea de su dormitorio.

Mientras mi señorita Kathie hace sus cosas al otro lado de la puerta del cuarto de baño anexo, en medio del borboteo y del vapor de su baño, su voz se oye monótona a través de la puerta:

*ladrido, mugido, maullido...* **William Randolph Hearst.**

*Gruñido, chillido, gorjeo...* **Anita Loos.**

En el centro de la colcha de satén está despatarrado su pequinés, **Amoroso**, en medio de un desparrame de envoltorios arrugados de papel, de las dos mitades de cartón de una caja de bombones en forma de corazón, con varias rosas plisadas de seda y brocado de color rosa grapadas a la tapa de la caja, y los pliegues plisados del encaje cayendo como flecos por los bordes de la caja. La vaporosa colcha de satén rojo de la cama está cubierta de este desparrame